140

DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO

EL DIA 1.° DE OCTUBRE DE 1861

EN LA

SOLEMNE APERTURA

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALENCIA

POR

EL DR. D. JOAQUIN CASAÑ Y RIGLA,

Catedrático de su facultad de Medicina.



IMPRENTA DE JOSÉ RIUS, PLAZA DE SAN JORGE.

Ilmo. Señor:

Las Universidades del reino celebran hoy el memorable y fausto acontecimiento de abrirse los estudios para las ciencias, cerrados en otro dia sábiamente calculado y establecido en las leyes vigentes. Mas si se considera que este grandioso acto y el curso académico que comienza son la repeticion exacta de varios otros análogos que nuestra memoria recuerda y que la historia añadirá al catálogo de los que ya precedieron, naturalmente se advierte interpuesta entre los mismos una cosa distinta de ellos, que está con ellos, que marcha necesa-

riamente con ellos, pero que sin embargo no puede ya volver con ellos, pues los separa é impide que se confundan jamás en nuestro entendimiento. Esta cosa manifiestamente es el *tiempo*, y el tiempo va á ser el objeto de las breves consideraciones á que consagro mi discurso presente.

Acójome ahora, Ilustrísimo Señor, á la generosa indulgencia que me aseguran siempre vuestro saber y vuestras virtudes bien notorias para elegir una materia que por su misma importancia é inmensidad apenas podré yo desenvolver, siquiera sea medianamente; pues tambien yo por mi parte sacrifico la posibilidad de mi lucimiento en ella, á la idea de querer ser algo útil con mis palabras, durante este corto espacio de tiempo que me conceden los actuales reglamentos. Por otro lado, Ilustrísimo Señor, mi propia consideracion me aconseja no tomar asunto alguno que, examinado ya en este lugar, me perjudicaria infaliblemente con la competencia, y mi limitado ingénio no me ha sugerido otro punto mas adecuado con que intentar cumplir el árduo y grave deber que pesa sobre mí en tan críticos y solemnes momentos. Ultimamente es tan grato y lisongero el marchar por caminos que el pie humano apenas ha pisado todavía, que ya no se estrañará el que yo me haya dejado llevar de la artificiosa idea de absorver toda la atencion de este respetable auditorio con la novedad del asunto, para distraerla de propósito del modo

como lo trate y de las formas que emplee al efecto.

Nada absolutamente diré ahora sobre la flaqueza de mis fuerzas para que mis palabras sean dignas de escucharse en este santuario augusto de las ciencias, propias de la grandeza del acto que se celebra, y acomodadas sobre todo á la ilustracion y dignidad de tan considerados oyentes; soy ya conocido en este lugar y en esta misma ocasion; y por tanto las nuevas protestas que de mi pequeñéz hiciera podrian interpretarse, antes que de modestia ingénua de una vanidad poco disimulada y mal encubierta. Consta además que yo no he solicitado nunca este distinguido puesto, y que solamente lo ocupo ahora por cumplir un mandato de mi gefe. Feliz una y mil veces yo, si alentado con tan poderosos auspicios consigo no disminuir el respeto y el prestigio que dieron á esta cátedra los dignísimos oradores y profundos filósofos que me precedieron en tan honrosa tarea. Tal es mi empeño, M. I. S., y si no lo logro, me consolaré con que en vuestra justificacion hallarán siempre honra mi intencion y mis esfuerzos.

Sabido es de todos cuantos forman esta brillante concurrencia que entre los cargos profesionales apenas existe otro mas difícil de desempeñar con acierto que el de inaugurar un curso académico. Los reglamentos previenen que ha de ser con una oracion ó un discurso, y un discurso no

es la solucion de un problema científico, ni un tratado didáctico en donde el catedrático destinado á hacer oir su voz, pueda lucir el caudal selecto de conocimientos que atesora en la ciencia que enseña. Sirvan tambien estas consideraciones para justificar la materia que he escogido para el mio que os presento con respeto. Necesariamente éste habrá de ser corto por muchas y muy poderosas razones tomadas de la naturaleza misma de su objeto; y nadie mas obligado que yo á respetarlas, siquiera sea por no ponerme en abierta contradiccion con lo que voy á decir sobre la importancia y escelencia del tiempo. Así que, apresúrome entrar ya en materia que es la siguiente:

«El tiempo bien empleado aumenta la actividad de la inteligencia y prolonga la vida moral anticipando la adquisicion de las ciencias."

Mas antes de pronunciar la primera palabra, vedme, M. I. S., de nuevo indeciso y vacilante al recordar una proposicion vertida por la autoridad del célebre Paskal y que muy oportuna en mi actual situacion viene espresada en los siguientes términos: «Lo último, dice este gran filósofo, que de ordinario se conoce al componer un discurso, es la materia que debe colocarse primero;" pero precisado yo, á pasar en el dia de hoy por todas las dificultades de uno inaugural, procuro salvar la que ahora se me ofrece de la manera siguiente:

Entre los grandes dones con que la divina

Providencia se ha dignado elevar al hombre sobre todas las criaturas del universo, figuran en primera línea el preciosísimo de su inteligencia; y en segunda una suma de tiempo ó de vida en este mundo suficiente para hacer de aquella un uso meritorio, y una manifestacion cumplida de su superioridad y de su escelencia. La primera casi le es privativa y creada para el hombre espresamente. La segunda le es comun con los irracionales y con todo lo criado y construido en el mundo físico propiamente. No es la inteligencia, sino el tiempo, el objeto cardinal de mi discurso, y así ocupareme de este último con mas estension y en primer término.

¿Qué es, pues, el tiempo? Ciertamente que es muy desconsolador para las altas pretensiones del amor propio del hombre el no poder éste conocer en su verdadera esencia, aquella misma cosa, cuya palabra usa con tanta frecuencia é invoca veces tantas con motivos y por fines tan diversos. ¡Una cosa que el hombre mide con una precision admirable y con una exactitud hasta asombrosa, y á cuyo irrecusable testimonio apela de ordinario para justificar los hechos y aun para santificar sus propias operaciones! ¿Quid est tempus? se preguntaba á sí propio el gran Doctor San Agustin, absorto en la contemplacion de arcano tan misterioso, para responderse inmediatamente: «si nemo ex me quærat, scio: si quærenti explicare vellim, nescio." Si no me lo

preguntan lo sé; si lo quiero esplicar no lo sé.

Despues de confesion tan humilde como autorizada, tengo por empeño temerario y por especulacion hasta vana é infructuosa, el insistir en la averiguacion de tan inescrutable materia, á no querer ser precipitado por la presuntuosa soberbia en un vergonzoso é insondable abismo, del cual no bastarian á sacarme seguramente los mas legítimos deseos de ciencia. Dios nos dió la inteligencia, no para asemejarnos á él cual nuestro orgullo pretende neciamente, sino para verle y admirarle en la grandeza de sus obras, y para reconocidos aprovecharnos de los innumerables beneficios que nos proporciona la maravillosa naturaleza. «Este mundo es un sistema de cosas invisibles manifestadas visiblemente," se esfuerza en repetir y enseñar el apóstol S. Pablo.

Así que basta y aun sobra para los fines del hombre el conocer los atributos de lo criado, y de los particulares del tiempo nos formaremos una idea tal vez cabal y exacta, si decimos con nuestro Balmes «que el tiempo es la sucesion de las cosas." Una cosa existe, cesa de existir: tal es la sucesion. El ser y el no ser. Mas el tiempo es continuo; es propiamente una cadena que no se puede romper. Una cosa forzada que se afana en concluir. Consta de instantes sucesivos que, divididos en otros infinitamente mas cortos, ni son jamás simultáneos ni pueden ya nunca retroceder. Tiene el hoy, el mañana, el ayer; el

antes, el ahora y el despues, y ningun poder humano ha logrado invertir este órden de sucesion porque se escluyen recíprocamente.

La naturaleza del tiempo consiste en sucederse. Siempre que se cuenta tiempo hay sucesion de cosas. La medida del tiempo es relativa á las mudanzas de éstas, pues si las relaciones entre las cosas permanecieran intactas, el tiempo seria el mismo siempre. Unicamente el que es inmutable no necesita para nada del tiempo. Por ello nuestro entendimiento, aunque escaso pero recto, á la manera que en la idea del espacio encierra al universo corpóreo actual y todos los posibles, incluye en la idea del tiempo á todos los séres finitos, sean ó no corpóreos. Y ved aquí, M. I. S., por qué solo hay, y se cuenta tiempo, desde que aparecieron los séres y las cosas finitas, las que son mudables, las que constituyen el universo entero. Desde que plugo á la Omnipotencia decir *fiat lux*. Concluido que sea éste ya no habrá tiempo, cual tampoco lo hubo antes de su creacion, en el sentido con que el hombre lo comprende.

Así es como la idea del tiempo se mezcla en todo lo de este mundo, y figura como elemento indispensable muy particularmente en los actos del hombre, en las obras de su entendimiento y en las producciones de la naturaleza. El tiempo imprime en todas ellas señales evidentes y caractéres hasta indelebles que en mas de una ocasion

en vano ha intentado la debilidad humana ocultar ó simular, conociendo que ellos son á la vez las credenciales mas auténticas de la bondad indisputable de las cosas, por cuanto han resistido el poder enérgico del curso magestuoso de los siglos y la crítica severa é imparcial de generaciones diversas. El tiempo, como recipiente general que es de todas las cosas, nos sirve de hilo conductor en ese confuso laberinto, formado por las incesantes variaciones de éstas.

Corta parece ser la suma de tiempo de la que en este mundo de peregrinacion puede apenas disponer el hombre de las edades presentes: observacion triste que entonces, cree que se le presentan con toda la fuerza de una verdad, cuando repara que muchos otros séres, y hasta las obras mismas de sus manos y las producciones de su entendimiento alcanzan una duracion mucho mas larga que su propia existencia en la tierra. Podia además abatirse al notar que suma tan limitada de tiempo todavía le era inmensamente reducida por las necesidades y miserias del frágil cuerpo de su individuo, y por las atenciones inescusables de la sociedad en que vive, pero una idea sobremanera consoladora viene inmediatamente á preservarle de caer en desaliento tan inmotivado cuanto aflictivo. Antes por el contrario el hombre que tiene idea clara de su dignidad, lejos de anonadarse ante tan ilusoria perspectiva, esclama lleno de esperanza: ¿quién me socorrerá? Sola-

mente el necio calla y se abandona; y mientras aquel anda solícito en busca de medios y hace esfuerzos para cumplir con su elevada mision, este miserable víctima de las flaquezas y cobardía de su espíritu se embrutece en el inmundo campo de su propia estupidéz. En su desventura, que el insensato, hasta califica de delicia porque de nada se ocupa, ni oye la voz de la naturaleza, ni la de la razon, ni la de la fe humana y divina que resuena hasta en el interior del corazon mas distraido, diciéndole claramente á todas horas y por todas partes con las palabras mas convincentes «que el hombre ha recibido toda la suma de tiempo necesaria para llenar cumplidamente los gloriosos fines de su esfera distinguida." Verdad sacrosanta, y que formará siempre la mas dulce consolacion de nuestras religiosas creencias.

Luego la duracion de la vida ó suma de tiempo concedida al hombre no es para perfeccionar su cuerpo, sino para labrar el destino ulterior á su alma imperecedera. Oigamos al propósito á Santo Tomás: «El hombre vive por su alma, y su alma es el pensamiento. La esencia de todo sér inteligente es el conocer y el amar: y los límites de su inteligencia son los de su propia naturaleza." La del hombre es la racionalidad.

Altamente ingrato seria, pues, con la Providencia el hombre que no procurase conservar la riquísima joya de su inteligencia; sensiblemente torpe el que no se afanase en aumentar tesoro de

tan inestimable precio, y sobre todo, eternamente desgraciado, el que descuidase hacer un uso provechoso de tan singular privilegio, sin advertir por otra parte que la inteligencia es su verdadera vida, y que de su organismo al pensamiento hay tanta distancia, cuanta de la materia á la nada exactamente. Infatuado sin duda alguna deberia estar el hombre que con su reprensible indolencia se empeñase en contrariar el instintivo impulso que le guia incesantemente al saber con la halagüeña esperanza de reconquistar algun dia su primitiva grandeza, y muy ageno de su mision en la tierra el que ignorase que es responsable ante los hombres, ante su propia conciencia y ante el mismo Dios, del fruto que hiciere dar á los talentos que con su infinita y suprema bondad tuvo á bien en un dia concederle.

Ahora, pues, si el hombre vive por su alma, y ésta es su pensamiento propiamente, es indudable que aquel puede prolongar su vida si estiende los límites de su inteligencia aprovechando toda la suma de tiempo que tiene concedido para aquella. Las inteligencias, decia con el mas profundo convencimiento el sábio y virtuoso conde de Maistre, como compuestas de una misma é idéntica sustancia no pueden diferir entre sí sino en las perfecciones, á la manera que las figuras semejantes no pueden diferir entre sí sino en las dimensiones. El entendimiento dejado á la inaccion se hace obtuso y aun estúpido: por el con-

trario, se estiende y se perfecciona con el egercicio y una buena luz que lo dirija. Veamos si esto es realmente posible de obtenerse.

«Toda inteligencia es á la vez por su propia naturaleza el resultado triple y único de una percepcion que aprende, de la razon que afirma y de la voluntad que obra," decia en el vecino imperio, un entendido y católico filósofo de primeros del siglo presente.

«De una percepcion que aprende," pues si bien la Providencia por un efecto de su inagotable bondad ha dispensado al hombre del estudio para alcanzar aquellos conocimientos que verdaderamente le interesan, le ha dejado sin embargo en una situacion tal, que haciendo éste un uso recto de su entendimiento, pueda decir con verdad: «yo sé que ignoro, y el conocimiento de esta ignorancia me trasporta de gozo y de reconocimiento á un mismo tiempo, pues que encuentro reunidos en mí el título de mi grandeza y el saludable preservativo contra toda especulacion ridícula, temeraria ó funesta."

«De una razon que afirma." Mas al llegar aquí forzoso se hace, cuanto sensible es el haber de confesar, que el hombre en su ignorancia se engaña con frecuencia sobre los fines y los medios, sobre sus fuerzas y las resistencias, sobre los instrumentos y los obstáculos que se le presentan: y si osa temerariamente apoyarse en sí solo, la venganza está pronta, y será abandonado á las

propensiones de su corazon y á los sueños de su inteligencia. Y ved aquí comprobada la necesidad de una buena luz que dirija á ésta: luz fielmente representada en nuestra nacion por la enseñanza oral encaminada á servir de reparadora compensacion á las pérdidas de tiempo y de poderoso contrapeso á los estravíos de razon que pudiere causar algunas veces la enseñanza dada por escrito.

«Finalmente, de una voluntad que obra," porque la claridad del entendimiento nada tiene de comun con la rectitud del corazon. Los talentos no deben medirse por la estension que alcanzan, sino por el buen uso que se hace de los mismos. La ciencia hincha, pero la caridad edifica al hombre en sentir de San Pablo. El químico imprudente peligra rendir adoracion á su propia obra en juicio del Santo Obispo Martin; y la religion es el aroma que impide se corrompa la ciencia, segun asegura el célebre é ilustre pensador Bacon.

De lo espuesto aparece con toda claridad el cuantioso caudal de riqueza positiva que el tiempo representa en la corta vida del hombre, á la vez que el valor hasta incalculable que el mismo llega á darle en algunas de sus circunstancias, situaciones y épocas. Testimonio sean de esta notoria verdad ciertos descubrimientos, que al aparecer en el mundo físico por la vez primera dejaron á éste como atónito, ante la contemplacion de la inmensidad de tiempo que añadian á nuestra efí-

mera existencia; pero que repuesto ya de su asombro han obligado al hombre á prorumpir lleno de entusiasmo y de reconocimiento. ¡Gran Dios, tu predilecta criatura y el inefable don de la palabra que le concediste para bendecirte y comunicar á sus semejantes sus ideas y sentimientos trasportada y trasmitida ahora con una velocidad prodigiosa y por un mecanismo tan sencillo, cuanto sorprendentes son los efectos que produce, é imponderables los beneficios que reporta! Inteligencias felices, ingénios fecundos y privilegiados, ¡cuánto habeis estendido con vuestro tiempo bien empleado la duracion de la vida á las afortunadas generaciones actuales y venideras!

Mas ¿por qué causa inesplicable estas mismas generaciones encuentran ya en el dia lenta la marcha del vapor y tardía la voz del alambre misterioso, cuando poco antes no hallaban términos adecuados para hacer su debido encarecimiento? Quizás porque el hombre aspira á la inmortalidad sin advertirlo, y no quisiera contar tiempo: y seguramente porque la Providencia, para que se cumplan los altos fines de su ilimitada sabiduría, ha permitido á las ciencias aumentar el caudal de sus conocimientos, para crear necesidades nuevas en la vida de las sociedades cultas en razon directa del número y eficacia de medios que el hombre cree haber adquirido para aumentar el de los dias, de la propia suya. Deduccion legítima é instructiva; luego el hombre con todo

el poder y buen uso de sus inventos no ha logrado prolongar, y sí solo hacer mas aprovechable el tiempo de su vida.

Si, pues, el tiempo bien empleado produce maravillas semejantes en el órden físico, ¿cuáles no ha de proporcionarlas en el moral, en donde tiene su verdadero destino? ¿Hay por ventura satisfaccion mas dulce ni superior á la que goza el hombre que cree haber empleado bien el tiempo suyo? ¿Quién no contempla con delicia la felicidad del que puede decir todas las noches antes de conciliar el sueño «yo no he perdido el dia?" ¿Existe acaso en la vida cosa mas envidiable que un sueño de esta especie, ni tiempo mas precioso que el que se ocupó en obras buenas y cosas útiles? ¿Hay tranquilidad alguna de corazon comparable con la inocente y pacífica del mortal que se encuentra dispuesto á todas horas para responder del tiempo que lleva invertido? ¿Se conoce fuente otra alguna mas pura de felicidad inquebrantable, ni manantial mas rico de instruccion verdadera y de títulos legítimos hasta del aprecio público? A la verdad no hay dominio mas cierto que el que el hombre de saber y de luces egerce siempre sobre todos los demás; pero dominio del cual nadie procura sustraerse, porque la suavidad y dulzura del imperio le encantan, y la utilidad que le proporciona su trato le atrae y victoriosamente le cautiva. Siempre admirando con la elevacion de sus pensamientos,

asombrando con lo sublime de sus conceptos, arrastrando con el poder de sus raciocinios, y avasallándolo todo, en fin, con el poderoso hechizo de sus palabras, y con la fuerza mágica de su persuasiva elocuencia, se remontan muchas veces estos génios laboriosos sobre las almas vulgares á una altura que éstas solo pueden alcanzar con la vista, para contemplar en ruboroso silencio la inmensa distancia que las separa, y la humilde posicion en donde las tiene colocadas su harto sensible, y tal vez ya irreparable descuido.

Por el contrario, M. I. S., ¡cuán triste y lastimosa se nos presenta en verdad la condicion de aquellos otros, quienes desdeñando el tiempo y el estudio no cuidan de cultivar las felices dotes del racionalismo! ¡Obligados siempre á vivir á espensas de los talentos superiores, á recibir de sus manos generosas el alimento para su espíritu, la razon para sus creencias, y hasta la norma para sus acciones mismas! Siempre resonando en sus oidos que la semejanza de la inteligencia humana con el supremo Criador es un título comun de gloria; pero sin poder nunca conocer todo el pleno de su escelencia, ni gozar sus preciosos dones, ni saborear mucho menos sus indecibles delicias.

Tan precaria situacion no puede en manera alguna acomodarse con las nobles aspiraciones de nuestra alma, que no satisfecha nunca con lo que ahora posee, se lanza siempre en busca de

objetos de un órden superior; y alma que encuentra los goces mas puros en los esfuerzos mismos que egecuta para salir de la angustiosa y humilde esfera en que se considera colocada todavía. Mas si penetramos en la conciencia íntima del desgraciado que hizo tal menosprecio del valor inestimable de sus dias, nuestra piedad verá aun representarse en ella una escena mucho mas dolorosa y aflictiva sin disputa. Incesantemente agitado su corazon por los remordimientos de su espíritu, continuamente acusado su ánimo por las severas reconvenciones de su propia dignidad desatendida, le veremos estremecerse y temblar de espanto á la vista de las inofensivas oscilaciones de un péndulo, y solo porque éstas le anuncian aproximarse ya la hora marcada para dar cuenta del objeto de su destino, y esclamar en tan afrentoso y desesperado trance: «dadme Señor tiempo y enmendaré mis desaciertos y corregiré mis descuidos;" pero el tiempo pasó, era un término fatal é irrevocable. En mal hora maldice entonces su pereza, detesta los pasatiempos, y abjura de sus ócios, causas verdaderas de toda su ruina; en vano pide al tiempo que suspenda su marcha, al mismo que poco antes, abrumado por el fastidioso tédio de la inaccion, llamaba peso insoportable y tormento insufrible por la lentitud y rémora de su pausado curso, porque el tiempo ni puede parar ni menos retroceder. Tarde conoce ya su miserable torpeza en haber dispuesto del

tiempo, cual si éste fuera un caudal exactamente calculable, y él su verdadero poseedor y legítimo dueño. ¡Cuántos y cuán amargos desengaños, cuántas esperanzas frustradas, cuántas ilusiones desvanecidas, cuántos planes desconcertados y cuántos arrepentimientos tardíos no ve, esperimenta y sufre el hombre que sin poder tener certeza de vivir el dia de mañana, hasta fijó plazos determinados al tiempo para cada una de las operaciones de su vida. ¡Qué idea tan triste nos dá de sí propio el que deja para el dia de mañana lo que puede hacer en el de hoy; para mas tarde lo que ahora; para luego lo que en el acto! Si la espresion «tiempo hay" ha podido revelar alguna vez prevision, prudencia ó cordura, las inconsideradas de «engañar, pasar, entretener y matar el tiempo" han con mucha mas frecuencia demostrado una temeridad muy estúpida, y una ignorancia muy lastimosa de parte de la insensata boca que las pronuncia. ¿Cómo disculpar la inconcebible contradiccion del que no cesa de clamar á todas horas contra la brevedad de su cortísima vida, y por otra parte desperdicia el tiempo en frivolidades y naderías? «Apresuraos, Señor, á venir en mi ausilio," principia siempre diciendo la Iglesia, al dirigir sus preces diarias al Altísimo.

Hora es ya, M. I. S., de que apartemos nuestra vista de este lamentable cuadro que trazan mas veces que el mismo vicio, la torpeza, la vanidad

y la cultura descuidada; y de que demos igualmente algun desahogo á nuestro corazon, ya con demasía angustiado, volviendo nuestras miradas hácia la hermosa y lisongera perspectiva que con mucha mas frecuencia nos ofrece esta escuela afortunada. Sí, Ilustrísimo Señor, esta brillante juventud que me atiende se ha encargado de presentárnosla muy perfecta al finalizar el curso académico que hoy se abre; y á esta juventud ansiosa de saber que se presenta ya como prendada de las bellezas de las ciencias, aun antes de conocerlas, únicamente me permitiré decirla: «Apresurémonos á levantarnos del sucio monton formado por el degradante y oscuro polvo de nuestra ignorancia, y sobre el cual nos condenaron á arrastrarnos, siquiera sea por breves dias, nuestras propias prevaricaciones primitivas.

Para conseguirlo toda diligencia nos deberá parecer siempre pequeña, y todo esfuerzo tan soportable cuan placentero es en efecto; pues el hombre que se dedica á las ciencias, mas vastas de dia en dia, no debe, no puede contentarse con las solas nociones de racionalidad que tan liberalmente le otorgó la Providencia. Preciso absolutamente le es el cultivar su entendimiento, por cuanto para saber bien una cosa es indispensable poseer medianamente mil, pues no todas las verdades pueden alcanzarse y sostenerse con sus propias fuerzas, teniendo hasta necesi-

dad de ser apoyadas á su vez por otras, y recíprocamente.

Juventud que me escuchas y en quien tiene puestas las mas justas esperanzas la patria que os contempla, adelante y resueltamente en busca de los puros encantos y honestas delicias que hallareis sin duda alguna en vuestras ciencias respectivas: pero con propósito perseverante é invariable de no desistir en vuestro noble empeño hasta penetrar en lo mas recóndito y venerando de su sagrado templo, pues segun afirma un filósofo de gran precio, son naturalmente inclinados al mal los que se detuvieron en el vestíbulo, mas que por desaliento, por huir de ciertos sacrificios meritorios, y sobre todo si por apostasía de sus principios. A vosotros una sola cosa se os pide en esta recomendable y provechosísima tarea de la inteligencia, la de prestar y egercitar la percepcion que aprende. La duracion de un curso académico marcada se halla, y con mucha prudencia, en los reglamentos: en aprovechar su tiempo consiste todo el mérito del que se propone ganarle honrosamente. Las vacaciones son descansos verdaderamente necesarios en recibir alimentos la inteligencia; pero tiempos á la vez muy sábiamente concedidos á ésta para formar sus propios conocimientos. Tambien el Autor supremo de nuestros dias y de todo cuanto admiramos en el universo descansó de su portentosa obra, para contemplar si sus divinas ope-

raciones llenaban los soberanos fines que se habia propuesto en beneficio del hombre, en prueba de su omnipotencia sin igual y en testimonio de su sabiduría infinita.

Compañeros, á nosotros nos corresponde ahora, sobre nosotros pesa el delicado y trascendental cargo de formar la razon y de dirigir la voluntad de la juventud que acude á nuestra escuela, instruyéndola y educándola bien y lealmente. Se la instruye bien, empleando el profesor un estudio asíduo é ímprobo que le coloque siempre á la altura de progreso en que se halla su respectiva ciencia: y se la educa con lealtad, ofreciéndola pureza de doctrina y un egemplo vivo de moralizacion en nuestros propios sentimientos y en nuestras propias costumbres.

Así que, es leal el profesor, que secundando los recomendables deseos y los plausibles intentos del gobierno en abreviar la duracion de las carreras, cuida de no distraer con motivos especiosos y por razones tan desautorizadas cuanto frívolas, parte alguna del bien calculado tiempo que los reglamentos señalan á las clases para la instruccion de los alumnos. Es leal el profesor que dá á sus discípulos doctrina, y no sistemas ni teorías, porque aparte del muy precioso tiempo que éstos pierden en aprender aquello mismo que cada cual puede crearse á su arbitrio, despiertan el orgullo del hombre, que presume con ello haber ya dominado la ciencia que lastimosa-

mente ignora y descuida. Es leal el profesor que procura enseñar con el mismo esmero y con un celo igual al discípulo aventajado que al escaso de talento y de luces, sin abandonar jamás á este último por huir de las molestias que ocasiona su natural rudeza, ni dejarse mucho menos llevar del seductor atractivo que ofrecen siempre las inteligencias claras para hacer en su dia lucir la sabiduría del maestro que las instruya. Quiera el cielo preservarnos á todos, y á cada uno de nosotros en particular, del amargo sentimiento que deberá naturalmente atormentar el corazon del maestro que ve perder el curso académico á uno solo, siquiera sea, de sus discípulos, por causas semejantes ó parecidas. Finalmente, es leal con su Reina y con su propia conciencia el profesor que distribuye desde su cátedra íntegro todo el caudal de conocimientos que se tienen en la ciencia que enseña en público, sin reservarse la mas pequeña parte con el intento de conseguir un respeto inmerecido, y con el fin nada honesto de conservar una superioridad ficticia sobre sus fieles y dóciles alumnos.

Tales y tan importantes son en resúmen los deberes que somos llamados á cumplir en el curso que va á abrirse así maestros como discípulos: los unos á prestar la atencion que aprende, los otros á servir de luz clara é inestinguible que forme el juicio y la voluntad de una juventud que en su dia ha de ser con su ciencia la sal-

vaguardia segura de nuestra sociedad, el apoyo firme de la moral evangélica, y el poderoso sosten del religioso respeto con que se acata la razon eterna de la ley en la noble pátria mia.

No hay que desalentar, Señores, ni por la magnitud de la obra ni por la brevedad del plazo que para ello se nos fija; pues sí no nos falta celo, el tiempo es una cosa tan flexible que hasta podemos disponer de él á nuestro arbítrio. En vano pretenderá éste angustiarnos con la velocidad afanosa de su marcha, ó atormentarnos con el insidioso silencio de su presurosa y nunca interrumpida carrera, porque jamás ha logrado pasar desapercibido, ni mucho menos sorprender nunca al hombre que conoce perfectamente la condicion servil y la esclavitud propia del mismo. Antes por el contrario, el hombre le obliga á servirle de instrumento dócil y sumiso al objeto de sus deseos, y de egecutor obediente y fiel del cumplimiento de sus designios. Por otro lado jamás podrá el tiempo afligir tampoco al hombre con lo adverso, sabiendo que ha de pasar forzosamente con arreglo á su naturaleza distintiva. En ningun caso le atormentará con la memoria del pasado, si lo empleó rectamente; pues solo es tiempo pasado el que realmente no produjo fruto alguno. Somos muy injustos cuando llamamos al tiempo tirano de la vida, pues nos dá á menudo y como amigo desengaños muy felices. Pero si aun así se obstinase alguna vez en consternarnos

con los títulos usurpados y el fantástico aparato de un poder que no tiene en manera alguna, bien podemos, ya que no se le menosprecie, entrar en lucha con él, seguros del triunfo mas completo, y humillarle, como ante su verdadero Señor, con solo decirle con tanta entereza como verdad: «*Tiempo miserable, advierte que tú eres un sér finito, y que mi existencia no tiene término.*"

Por lo mismo, dichoso una y mil veces el hombre que, en el dia terrible en que desde la inmensidad del espacio suene la clara y penetrante voz del ángel, que se hará oir de todos los puntos del mundo, y estremecer á la vez á todos los elementos del universo, próximo ya á hundirse en el confuso abismo de la nada, de donde han salido, para anunciar á los mortales «*que ya se acabó el tiempo*," tranquilo entonces y lleno, por la misericordia de su Divino Criador, del gozo mas inefable y á la vista de la bienaventuranza mas incomprensible, pueda decir con verdad á todas las demás criaturas que le contemplaran con envidia: «*El tiempo se hizo para vosotros, para mí la eternidad.*"—He dicho.